

CONVERSANDO CON –Y SOBRE– DON LUIS LEAL

VÍCTOR FUENTES¹

Cuando brindamos con una copa de Rioja por su 102 cumpleaños el 17 de septiembre del 2009, estaba yo muy lejos de pensar que en muy pocos meses nos iba a dejar, y precisamente en el 2010, año del centenario de la Revolución Mexicana, para el cual tenía varios proyectos de publicación, pues seguía lleno de vida y entregado a su trabajo creador. Aunque la muerte finalmente se lo llevó, desmintiendo aquella consuetudinaria broma de que la dama de la guadaña se había olvidado de él, su memoria sigue viva entre nosotros. El presente homenaje de la RANLE da testimonio de ello.

Me inclino a pensar que estas palabras que escribo forman parte de una larga e ininterrumpida conversación con don Luis Leal, quien suscribiría sin reparos aquello que Hans-Georg Gadamer decía sobre el punto de partida del pensamiento hermenéutico: “el lenguaje encuentra su ser verdadero en la conversación [que] está en un plano superior al de la conciencia subjetiva” (*El giro hermenéutico* 203-204). Parece que esto ya lo había intuido él desde pequeño, cuando leía *El Quijote* en voz alta para otros niños, porque la lectura compartida no solo es más sabrosa, sino que además abre más puertas al

¹ Profesor emérito de la Universidad de California (Santa Bárbara), escritor, ensayista e investigador. Académico de Número de la ANLE y correspondiente de la Real Academia Española (RAE). Obtuvo su Maestría y Doctorado en la Universidad de Nueva York. Ejerció la cátedra en el Barnard College de la Universidad de Columbia, Nueva York, en el Middlebury College de Vermont y luego en la Universidad de California (1965-2003). Es autor de una amplia producción literaria tanto en temas académicos como de creación literaria.

entendimiento. Le gustaba mucho leer la novela de Cervantes, especialmente las geniales conversaciones entre amo y criado, donde tantas veces se cambiaban los papeles, gracias a ese espíritu del *demos* cervantino que don Luis hizo tan suyo.

Cuando le llegó el momento de contar su ejemplar vida, a lo que tanto le apremiamos, en lugar de hacerlo pluma en mano y en soledad, recurrió dos veces a la conversación: en inglés, con nuestro colega y amigo Mario T. García, en *Luis Leal. An Auto/Biography*, y en español conmigo. El libro que compartimos lleva como subtítulo “Una vida y dos culturas”, pues desde que llegó a Chicago en 1927, a sus veinte años, la vida y la obra de Luis Leal estuvieron dedicadas al conocimiento y acercamiento entre ambos Estados Unidos del Norte del continente americano, dos naciones vinculadas por el espacio y el tiempo de la historia, que – como dijera en *Ventana abierta*– “[e]n vez de rechazarse, se aceptaban y eso lo veía yo en todos los aspectos de la vida, las comidas, los trajes, las diversiones y todos los otros aspectos de la cultura popular” (21, 8).

En cuanto a contar su propia su vida, ya nos adelantaba en su “Una palabrita” de introducción al libro: “Sé que hoy en día están de moda las autobiografías y las entrevistas en las cuales el sujeto revela sus más íntimos secretos”, añadiendo lo poco que estimaba “sacar al sol secretos personales, y no tan jugosos, como aquellos que todo el mundo tiene, y que solo interesan a unos cuantos lectores” (*Don Luis Leal, una vida y dos culturas*, 3). La alta valoración que asignaba a “todo el mundo” fue central en su *ethos*. Le he visto tratar con la misma deferencia, amabilidad e interés a un jardinero del campus de Santa Bárbara, o a cualquier ciudadano de a pie de la comunidad, como a personajes de la talla de Octavio Paz, Carlos Fuentes o Mario Vargas Llosa, cuando estuvieron en nuestra Universidad. Tal *ethos* se remonta a los años 30 y 40 del siglo pasado en Chicago, cuando alternó sus labores académicas con otras en la comunidad. Mientras estudiaba en la Universidad de Northwestern y, posteriormente, en la de Chicago, participaba en Asociaciones Hispánicas como el Centro Cultural Mexicano en la *Hall House* o la Sociedad Española, en la que fue parte del “círculo literario”, dando charlas y presentando a distintos conferenciantes. También escribió en revistas de la comunidad hispana, como *A. B. C* y *Vida Latina*. De regreso del Pacífico, donde estuvo como soldado durante la II Guerra Mundial, se unió al líder comunitario mexicano Frank Paz, y a la asociación *West Side Community Center*

para establecer *The Mexican American Council*, que tanto se ocupara de ayudar a los trabajadores mexicanos que llegaban a la ciudad. Cuando Paz dejó la dirección, la asumió Martín Ortiz, quien posteriormente fue profesor en el *Whittier College* y fundó, en 1968, el *Center of Mexican American Affairs*, siendo tan querido y respetado en el *College* como en la comunidad. De él me dijo don Luis: “A veces viene aquí y nos reunimos, nos vamos a platicar de aquella época de los años 40 en Chicago”. Se dio la triste coincidencia de que ambos murieran en fechas cercanas y en un mes de enero; Martín Ortiz, a sus 89 años, el 12 de enero del 2009 y don Luis, el 25 del mismo mes, en 2010. Hay que situar a estos tres mexicanos ilustres junto al grupo de quienes sentaron las bases para el surgimiento del Movimiento Chicano en los años 60 y 70, como afirma Mario García en su libro *Mexican Americans: Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*.

Más sabido y tratado es que Luis Leal, junto con un reducido número de profesores universitarios y críticos, formaron un grupo que, desde los años 50, dio gran impulso al estudio de la literatura hispanoamericana en las universidades del país, y propició la tan difundida recepción del *boom* de la nueva novela hispanoamericana de los años 60 y 70 del pasado siglo. Sobre ellos se extendía don Luis en sus conversaciones. Baste decir aquí que ya en la colección *Studium*, de la editorial de Andrea, en la capital mexicana, publicó, en 1956, su tan celebrada *Breve Historia del cuento mexicano*, segundo volumen de una colección de libritos sobre cada país y cada género iniciada por la *Breve Historia de la literatura chilena* de Arturo Torres Rioseco, quien fuera uno de los cuatro o cinco celebres estudiosos de origen hispano que tanto contribuyeron al enriquecimiento del hispanismo en el país desde la segunda década del siglo XX.

Con el bagaje intelectual y cívico antes reseñado, llegó Luis Leal a Santa Bárbara en el verano de 1976. Jubilado de la Universidad de Illinois, en Urbana, venía como profesor visitante a la UCSB, y aquí inició una nueva labor que mantuvo durante más de 30 años. Su sobresaliente perfil intelectual y personal, sumado al carisma de su presencia, le valió desde muy pronto el tratamiento de “don”, no ya de cortesía sino de reconocimiento, por el cual se le conoció, tanto en el ámbito universitario como en el comunitario: el tan respetado y familiar Don Luis. Debo notar que una de las primeras cosas que hizo Henry T. Yang cuando fue nombrado rector de la Universidad, fue una visita, acompañado de su esposa, a don Luis y a Gladys; la visita, que

prometía ser breve, se extendió a toda una tarde, en la que el nuevo rector se puso al tanto de la situación de los estudiantes chicanos y latinos y de los estudios y programas al respecto. El *Chancellor* Yang, que tanto ha hecho por fomentar la diversidad en la UCSB, siempre tuvo gran respeto y cariño por don Luis, y en los actos anuales de graduación, junto a los nombres de los varios premios Nobel de la Universidad, citaba indefectiblemente el del profesor Luis Leal, galardonado con la Medalla de Humanidades por el presidente Clinton.

En el presente número de la *RANLE*, ya Francisco Lomelí, tan cercano a don Luis, y otros estudiosos, han reseñado la importante labor por él desempeñada en el estudio de la cultura y la literatura chicana y mexicana durante sus largos años en California. Me limito a añadir un dato menos conocido fuera de su círculo más íntimo. Como lo hiciera en Chicago, en Santa Bárbara retomó su actividad como intelectual responsable y hombre público vinculado a la comunidad: formó parte de la Mesa Directiva de la Casa de la Raza y, como lo hiciera antes en la Sociedad Española y el Centro Cultural Mexicano, en Chicago participó en sus actividades culturales y artísticas durante años. Y con quien esto escribe, durante casi una década, y un par de veces al mes, compartíamos una hora de charla sobre una variedad de temas histórico-culturales, de arte y literatura, de cuestiones de actualidad o del pasado, en el programa “Celebraciones”, dirigido por Simón Castañeda en el canal público de televisión. Y qué satisfacción nos daba cuando alguien nos decía “Les he visto en la televisión”. Por unos quince años, editamos bianualmente la revista *Ventana Abierta*, “revista latina de literatura, arte y cultura”, primordialmente dirigida al lector común y abierta a todos quienes escriben en español en los Estados Unidos.

Y volviendo a lo de la conversación como lugar donde “el lenguaje encuentra su ser verdadero en un plano superior al de la conciencia subjetiva”, diré que esto lo vivimos en la larga estadía de don Luis Leal con nosotros: estudiantes, colegas, amigos y visitantes, en continuas tertulias con don Luis, en el campus, en cafés y restaurantes locales y en su propia casa, con Gladys Leal, de tanta generosidad y tacto, como anfitriona. De tales encuentros se salía, como tan agudamente dictaminara Gadamer en el estudio citado a propósito de la conversación, con los interlocutores no “siendo exactamente los mismos cuando se separan. Están más cerca el uno del otro y esto crea algo común”.

Añado, para terminar, que tres o cuatro días antes de su fallecimiento, don Luis seguía manteniendo su serenidad, aplomo e interés en los avances de la publicación del número de *Ventana Abierta* de la próxima primavera. Solo en algunos breves momentos –primero, en el hospital y luego en la Residencia– hubo breves irrupciones de delirio, o quizás de realismo mágico (del cual fue uno de los primeros estudiosos); semi-conscientemente, me decía con júbilo: “Me ha venido a ver el perrito inglés”, el de su espléndido breve cuento del penúltimo número de *Ventana Abierta* que publicamos juntos. Un perrito que acompañara a Fernando Maximiliano [José María de Habsburgo-Lorena] hasta su fusilamiento y hablaba como los de Cervantes y con más cordura que el grupo de hombres en tal penoso acontecimiento; ahora, don Luis, viéndole llegar, quizás hiciera suya la frase que puso en boca de Maximiliano, “Cuando el perro me mira, dejo de pensar en la muerte”. Volviendo a su vida y humor, le cedo la palabra, la de su último ensayo, “Vida y aventuras del idioma español en los Estados Unidos” (*Ventana Abierta* 28, primavera de 2010), que no alcanzó a tener en sus manos, donde, a instancias de la novela picaresca, el Idioma comenzaba:

Yo, señores, nací en España, hijo legítimo de Tomé Latino y Juana Godo. Después de la muerte de mi padre, mi madre se enredó con algunos extranjeros indocumentados y así creció la familia, con un hermano Zaine, y una hermana Judith...

Referencias bibliográficas

- Gadamer, Hans-Georg. *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra, 1998.
- García, Mario. *Luis Leal. An Auto/Biography*. Austin: University of Texas Press, 2000.
- Leal, Luis. *Don Luis Leal, una vida y dos culturas. Conversaciones con Víctor Fuentes*. Tempe, Arizona: Bilingual Review Press, 1998.
- Poot Herrera, Sara, Francisco A. Lomelí y María Teresa Herrera-Sobeck, eds. *Cien años de Lealtad. One Hundred Years of Loyalty in Honor of Luis Leal*. Santa Bárbara-México. UCSB, UC-Mexicanistas, Universidad Autónoma de México, Instituto Tecnológico de Monterrey, Universidad del Claustro de Sor Juana. 2 Vols. 2007.